

# OCHO RAZONES PARA CELEBRAR *BREAKING BAD*

LUIS FERNANDO  
AFANADOR

**1.** La estética. No, no es amor a primera vista. ¿Qué belleza puede haber en un par de narcotraficantes principiantes que cocinan en un tráiler viejo, que matan chapucera o son incompetentes tratando de hacer desaparecer un cadáver? No hay belleza en la historia de un gris profesor de química de secundaria a quien le han descubierto un cáncer terminal y ha decidido incursionar en el negocio de las metanfetaminas junto con un exalumno yonqui para dejarle algún dinero a su familia compuesta por una esposa típica —embarazada— y un hijo adolescente con parálisis cerebral. Por algo HBO y otras importantes productoras de televisión rechazaron este proyecto, que terminó siendo producido por AMC, la misma de *Mad Men* y más abierta a las propuestas arriesgadas. Qué van a ser bellos esos primeros planos de Walter White —como se llama el profesor de química— tosiendo o vomitando en carreras al baño. Pero de pronto, para el que ha sido paciente o le ha dado otra oportunidad, empieza a aparecer la belleza en los cielos intensos y azules del desierto de Alburquerque y en esos encuentros al alba entre capos, verdaderos duelos filmados con hermosos planos

generales: *Breaking Bad* es un western de antihéroes donde muere el sheriff y la épica es carnavalesca: “La fama de Heisenberg / Ya llegó hasta Michoacán / Desde allá quieren venir / A probar ese cristal / Ese material azul / Ya se hizo internacional”. Y bueno, algo va del primer crimen al último, con veneno y humor negro, digno del más elegante palacio renacentista.

**2.** La historia y la narración. Esta serie de 62 capítulos y cinco temporadas es tal cual lo que anuncia su título: volverse malo, corromperse. ¿De qué manera Walter White, el profesor de química desahuciado, se convierte en Heisenberg, un temible narcotraficante, un malvado de las dimensiones de Mr. Hyde o de Ricardo III? La serie no es más que eso y la profundización de eso. De ahí no se mueve, y tanto las historias secundarias como los personajes secundarios no se saldrán de ese marco: todos miran para el mismo lado y todos tienen el mismo fin. *Breaking Bad* es el triunfo de un autor, Vince Guillian. La amistad entre Walter White y Jesse Pinkman —el yonqui—; las relaciones familiares —su concuñado, Hank Schrader, trabaja en la DEA—; la guerra de carteles y cartelitos, del

pez grande que se come al chico, son planetas y satélites de un solo sol. Una narración esencialmente lineal que sin embargo es alterada por anacronías muy bien logradas: *flashbacks* (salto narrativo hacia atrás), *flashforwards* (salto narrativo hacia adelante), *cold open* (primer fragmento, antes de los créditos), o ralentizada por montajes de paso del tiempo. *Breaking Bad* es cine, cine muy bien filmado, con escenas en las que las imágenes cuentan por sí mismas. Parecen piruetas técnicas; en realidad, son recursos plenamente justificados que le dan profundidad a las historias, llenando sus silencios y creando más silencios.

3. *Escenas memorables*. El arte reside en los detalles, es una suma de ellos. De las muchas escenas memorables de *Breaking Bad*, me quedo con estas: Hank acaba de morir y la cámara no lo enfoca a él sino a las áridas montañas; Mike, el letal pistolero de pocas palabras —como todo buen vaquero—, enternecido con su nieta jugando en el parque; Tío Salamanca, muchos años antes, le mete la cabeza en un balde a uno de sus pequeños sobrinos para que el otro entienda que la familia “es lo único que hay”; Gustavo Fring, Gus, milagrosamente sale vivo y caminando de un atentado hasta que, al girar su cabeza, vemos la otra mitad de su rostro destrozado por la explosión; el capítulo dedicado a una mosca que entra al laboratorio y se convierte en una obsesión; Walter White mira de incógnito y por última vez en la distancia a su amado hijo que va a estudiar; Hank, en el inodoro, como Martín Lutero, tiene una gran revelación, el momento de la serie que todos estábamos esperando: Heisenberg, el enemigo largamente buscado, estaba en la familia, ¡es su concuñado Walter White! Un homenaje a la fundación del género policiaco, *La carta robada*, de Edgar Allan Poe: las evidencias siempre están ahí, al alcance de la mano, pero no las sabemos ver.

4. *Jessie Pinkman*. Gus, tratando de romper la fuerte relación entre Jessie y Walter, le pide a este que tome como asistente al aplicado Gale Boetticher. Walter le busca fallas hasta que lo despide diciéndole que, además de sus errores,

tiene un candidato de altísimas cualidades: Jessie Pinkman. Cuando Boetticher lo conoce, no puede creer que ese drogadicto fracasado sea su remplazo. Y tiene toda la razón. En general, Jessie le traerá más complicaciones que beneficios a Walter, pero él lo preferirá por encima de cualquier otra persona. En una historia donde el amor brilla por su ausencia, la profunda, dañina y absurda relación entre esa pareja será uno de los atractivos de la serie. Walter es para Jessie el maestro, la seguridad, la zozobra y, a la vez, un padre amado y odiado al que hay que matar.

*Breaking Bad* es un western de antihéroes donde muere el sheriff y la épica es carnavalesca.

5. *Skyler*. Su comportamiento es irreprochable: apoya a Walter con el tratamiento de su cáncer y vuelve a trabajar para ayudarlo económicamente; es una buena madre, una buena esposa y, en su momento, una mujer infiel con causa justificada: la doble vida de Walter y luego los riesgos en los que pone a su familia son insostenibles. Sin embargo, su practicidad parece a toda prueba: arma una coartada para justificar el dinero del narcotráfico y se inventa una original forma de lavarlos. Pasa de culpabilizar a ser presa del pánico: “Alguien tiene que proteger a esta familia del hombre que protege a esta familia”, le dirá a Walter. Sí, es irreprochable, uno debería simpatizar con ella y detestar a su esposo. Pero es justamente lo contrario. Esta es una de las maravillosas paradojas de *Breaking Bad*.

6. *El oponente*. Si Walter White busca realizarse en el mal, Hank Schrader es el encargado de impedirlo, el agente de la ley en este western. Primario, machista y fanfarrón, se merece no obstante una condecoración por su honestidad y por soportar a su esposa Marie, cleptómana y arribista. Y por su perseverancia: está obsesionado con descubrir la identidad de Heisenberg, el narcotraficante más atípico que se ha topado

en su larga carrera en la DEA. Siempre está a punto de descubrirlo, siempre le apunta a la pista correcta: el gran obstáculo es la admiración que siente por W.W. (Walter White). De no haber sido por el azar, en el que interviene un ejemplar de *Hojas de hierba*, de W.W. (Walt Whitman), nunca habría descubierto el misterio de Heisenberg. Su concuñado le trajo muchos problemas —por su culpa estuvo a punto de quedar inválido— pero buscarlo le dio sentido a su vida. Al final pierde —no importa, todos pierden— y nos conmueve con sus últimas palabras, irónicas y lúcidas.

7. *Los enemigos*. Walter White solo quiere cocinar su metanfetamina pero la droga tiene que venderse y la distribución es un problema. Los amigos incompetentes de Jesse Pinkman pronto serán insuficientes y hay que buscar alianza con un capo, Tuco Salamanca, que de inmediato quiere sacar ventaja de la inexperiencia de unos principiantes. Entonces Heisenberg hará su primera aparición con una explosión de fulminato de mercurio. El débil profesor tiene de su lado la ciencia y su inteligencia para sobrevivir en un medio en el que la traición y la puñalada por la espalda están en el orden del día. Esas serán sus armas y su poder para sobrevivir en la jungla del narcotráfico y de los carteles. El nuevo reto es Gus, el siguiente capo con el cual entran a trabajar: juega en las ligas mayores y tiene contacto con los carteles mexicanos. Su empresa de fachada, Pollos Hermanos, le permite hacer un eficiente lavado de dinero. El enfrentamiento entre Gus y Heisenberg, que ocupa varias temporadas, es un largo y complejo juego de ajedrez entre la astucia y la inteligencia. “Yo gané”, le dirá finalmente White (Heisenberg) a Skyler, tras un arduo combate. La siguiente enemiga a vencer será la sofisticada Lydia, quien le abre la perspectiva de mercado internacional, aunque a la hora de la traición pierde con él porque ignora sus armas no convencionales. El último escollo será Jack, la fuerza bruta, el delincuente primario: no es difícil adivinar cuál es el ganador. La lógica del narcotráfico impone la violencia y Heisenberg responde a ella con sorprendentes métodos racionales.

8. *La transformación*. Walter White es un hombre que lleva una doble vida. De un lado la familia; del otro, el negocio ilícito, como Tony Soprano, como todos los mafiosos. Sin embargo, desde que se ha curado del cáncer, su coartada empieza a desmoronarse. No tiene sentido seguir ganando un dinero que nunca podrá lavar ni gastarse, le hace caer en cuenta Skyler. “Lo hago por mi familia”, insiste Walter White hasta que, acorralado contra las cuerdas, reconoce que lo hace porque le gusta: “Lo hice por mí. Me gustó. Era bueno en ello. Me sentía verdaderamente vivo”. El móvil no había sido la familia, ni el dinero que en alguna ocasión quema. Lo que busca Walter White, y que consigue a través de Heisenberg, es el reconocimiento. “La vida es la lucha por el reconocimiento”, decía Hegel. Más que dinero o poder, su deseo es que la metanfetamina que produce sea considerada la mejor, como lo cantan en un corrido Los cuates de Sinaloa: “Dicen que es color azul / y que es pura calidad / Esa droga poderosa / que circula en la ciudad”. Cuando Hank dice que el químico Gale Boetticher es Heisenberg y lo alaba como “genio”, White reacciona sarcásticamente a riesgo de delatarse. *Breaking Bad* no es una serie sobre la mafia sino sobre el destino. Walter White se encuentra a sí mismo en el mal: “No estoy en peligro, Skyler; yo soy el peligro. Si llaman a la puerta de un hombre y le disparan, ¿piensas que ese seré yo? ¡No! Yo soy el que llama”. Pese a su maldad, nos seduce porque es alguien que ha encontrado una pasión absoluta. Al final, el juego del doble termina y Heisenberg toma el lugar de White. Por eso, la cita final con la muerte será en su laboratorio. ■

---

Luis Fernando Afanador (Colombia)

Abogado con maestría en literatura. Fue catedrático en las Universidades Javeriana y de los Andes. Ha publicado *Extraño fue vivir* (poesía, 2003), *Toulouse-Lautrec, la obsesión por la belleza* (biografía, 2004), *Un hombre de cine* (perfil de Luis Ospina, 2011) y “El último ciclista de la vuelta a Colombia” (en *Antología de la crónica latinoamericana actual*, 2012), entre otros. Es colaborador habitual de varias revistas colombianas. Actualmente es crítico de libros de la revista *Semana*.